

enfermos, tullidos, espirituados, ciegos y leprosos, y que todos venerando el santo sepulcro, de repente se hallan sanos, prorumpiendo en alabanzas y hacimiento de gracias á Dios, y á su santa Madre. Por esto el Damasceno la llamó abismo de milagros;* y Andres Cretense hacedora de milagros;† que es como si dijera, que los hacia tan de continuo, como si el hacer milagros lo tuviera por oficio. Y así, cristiano, no seas perezoso: llega con viva fe, venera aquel sagrado sepulcro con la consideracion, ya que no puedes en la realidad, como aquellos que con tanta dicha y fortuna lo viéron y visitaron: pide, que ya que fué tan liberal con aquellos, lo sea tambien contigo, pues, eres tan pobre y necesitado, como su Magestad sabe.

MISTERIO CUARTO.

De la asuncion de nuestra Señora en cuerpo y alma al cielo.

532. Considera la Asuncion de nuestra Señora, y su gloriosa coronacion. Y lo primero, en quanto á su Asuncion, debes considerar, que resucitada la Virgen en cuerpo y alma, luego se ordenó una solemnísima procesion por la region del aire hácia el cielo empíreo; y ordenada, empezó la música con canciones, voces y músicos instrumentos de alegría. Piensa que todo lo ves y lo oyes, y que toda la tierra y el aire retumbaba con las voces, con el estruendo y con la música; y al paso que era incomparable el regocijo, era inefable la suavidad de las voces, y la dulzura de los instrumentos; y te pongo en esto la consideracion, porque el hombre en esta vida no puede entender cómo son las cosas espirituales, sino por la similitud de las corporales. Piensa tú que así que empezó la música por el aire, llegaron los ecos á la celestial corte, y todos aquellos nobilísimos espíritus que habian quedado asistiendo al trono de la inefable y beatísima Trinidad, se empezaron á disponer para salir al recibimiento de su excelentísima Reyna. ¡O con cuánto gozo y alegría se disponen! Piensa que por entre las gerarquías y

* Damasc. serm. 1. de Asc.

† Cretens. serm. 1 de Asc.

coros corren diversas voces, repitiendo: salid, hijas de Sion, á recibir á la Reyna, Madre del verdadero Salomon, á quien vienen alabando las estrellas de la mañana, y aplauden los hijos de Dios. Piensa que al volar estas voces por las calles de la Jerusalem triunfante, empezaron todos sus moradores á sentir una nueva fragancia y suavidad peregrina, y alborozados y llenos de admiracion, empezaron á decir: quién es esta que sube como varilla de humo de todos los perfumes y olores de mirra, incienso y todo género de especias aromáticas? Pasó volando aquella voz primera, repitiendo: salid, hijas de Sion, y veréis á la Reyna, Madre del verdadero, Salomon, que viene esparciendo por el aire las delicias de regalo, olor y suavidad que sentis con tanta abundancia. En esto piensa que se fuéron vistiendo de nueva luz y claridad todos esos orbes celestiales; y viéndola los ciudadanos del cielo, que estaban ya aprestados para salir, llevados de una grande admiracion, exclamaron diciendo: ¿quién es esta que se levanta del mundo, y vestida de los resplandores de la aurora, hermosa como la luna, y escogida como el sol? Piensa que oyes la voz, que volando por los muros, responde á la admiracion de los cortesanos, diciendo: salid, hijas de Sion, y veréis á la Reyna, Madre del verdadero Salomon, que sube á su diestra, reclinada sobre el amado, y vestida de resplandeciente oro, labrado con variedad de labores, de donde se origina esa diversidad de resplandores. Con estas voces haz cuenta que ves por las puertas de aquella ciudad soberana innumerables tropas, de manera que toda se despuebla; y todos llenos de alegría inefable salen del empíreo, y asomándose desde aquellos alcázares supremos, viéron la procesion, que con infinita pompa y magestad, pasando de cielo en cielo, se iba acercando; y entónces puedes pensar que se cumplió aquel dicho de Salomon: viéron á María santísima las hijas de Sion, y la predicaron y aclamaron por la mas bendita de las criaturas, y las reynas esposas; esto es, los principados, tronos, dominaciones, querubines y serafines la alabaron y engrandeciéron por Reyna única, perfecta y escogida entre todas las reynas y esposas del supremo Emperador. Y para que ahora puedas considerar la entrada de esta Emperatriz, su triunfo y gloria, con que fué recibida, no me pareció te podia escribir cosa mas á propósito, que una vision que tuvo de este misterio el beato Alano de

Rupe. Te la pondré á la letra, como está escrita, y vuelta de latin en romance, y es como se sigue.*

533. Considera cómo estando este Santo Padre un dia de la Asuncion de la Reyna de los ángeles, despues de haber dicho misa, puesto en oracion, considerando en la solemnidad de aquel dia, sintió vivas ansias de contemplar el misterio como habia sucedido; y sintiendo en sí una luz que le disponia el alma para algun particular favor abstraído de los sentidos, fué arrebatado al cielo, donde se le presentó en vision la admirable Asuncion de María soberana, de la misma forma que sucedió en su propio dia. Vió á la soberana Reyna, que levantándose, siete veces mas resplandeciente que el sol, con admirable ligereza á los brazos de su Hijo, y Esposo Jesu Cristo, y presentes todos los ángeles de guarda de los hombres, y los coros celestiales, que habian bajado con el Señor: y que habiendo llegado con gran pompa y magestad á las puertas del empíreo se oyó una voz del Salvador, que dijo: abrid, príncipes, vuestras puertas: elevaos, puertas eternas, y entrarán el Rey y la Reyna de la gloria; y sin mas dilacion entró el Dios de los egércitos, fuerte y poderoso Señor de las batallas, con la Esposa soberana, asida de la mano de su Esposo. Vió que al punto salian innumerables escuadrones de espíritus celestiales que repartidos en coros, salian á recibir, llenos de inmenso gozo y alegría, á su Rey y Reyna; los cuales postrados de rodillas, con inefable regocijo, alegría, magestad y reverencia, en multitud innumerable de dulces y concertadas voces saludaban á María soberana con las alabanzas de la angélica salutacion, y ninguno de aquella multitud se veia que no tragese en las manos un salterio de música; y de todas las voces, ni una sola palabra se oia que no fuese de *Ave María*, y cantaban todos con milagrosa suavidad y armonía. Vió asimismo, que en medio de los coros habia unos grandísimos órganos de los cuales cada uno tenia en sí ciento y cincuenta salterios, ó pequeños órganos, y cada uno de estos ciento y cincuenta salterios tenia ciento y cincuenta cañones, y cada cañon con modo admirable hacia ciento y cincuenta voces distintas de tanta suavidad y consonancia, que le pareció imposible que los hombres, ni los ángeles pudiesen imaginar cosa mayor. Con cada uno de estos órganos venian ciento y cincuenta músicos, que al

* De Orat. & prec. Psalm. part. 2. cap. 8.

son de ellos cantaban con tanta melodía y dulzura, que le pareció al beato Padre, que aquella dulcísima música podia resucitar los muertos. Cantaban, pues, estas palabras del Ave María: *Dios te salve María, llena de gracia, el Señor es contigo*; y respondió toda la multitud innumerable con las otras que siguen: *Bendita tú eres entre todas las mugeres, y bendito es el Fruto de tu vientre Jesu Cristo*. Y no obstante que siempre repetian las mismas palabras, eran en sí tan varios los acentos, tan distinta la melodía, tan diversos los sentidos, el alma é inteligencia de las voces, que el esposo de la Reyna del mundo, que los oia, se sentia tan inflamado en tanto amor de Cristo y su Madre, que fué necesario particular auxilio de la divina Magestad para que no desfalleciese. Fué tan alto el concepto que hizo del santísimo Rosario, que le pareció resplandecia en él toda la infinita sabiduría de Dios. Y viendo la Reyna sacratísima la admiracion del esposo, mandó á su ángel que le digese la razon, por qué sola el Ave María era la letra que se cantaba; y la razon por qué siempre, por mas que se repetia, siempre parecia nueva en el modo, en la cancion, en el sentido y en la inteligencia. Llegóse el ángel, y le dijo: oye y atiende, nuevo esposo de la suprema Reyna: (llámale esposo, porque se desposó con él nuestra Señora, echándole un rosario al cuello, formado de sus divinos cabellos, y un anillo de lo mismo.) En el Ave María se dió el principio á la redencion del mundo: por ella encarnó el Verbo, se conquistó el reyno de las tinieblas: por ella se libertó el hombre, y por ella fuéron reparadas las ruinas de los ángeles, por lo cual todos los coros angélicos cantarán eternamente este nuevo cántico á Dios y á su Madre, y eternamente resonarán en esta corte, y serán eternas estas alabanzas: y porque ninguna pura criatura puede comprehender la grandeza de esos misterios, por eso siempre se les hace nuevo este cántico.

534. Considera cómo prosiguió la música las canciones, voces y suavísima armonía, y con ellas se continuaba la procesion, y el triunfo por el cielo empíreo; y reparó el Santo, que no solo se cantaba el santísimo Rosario por todas las gerarquías, sino que todo cuanto miraba, oia y entendia, eran números de ciento y cincuenta: los coros en todos los ordenes se componian de ciento y cincuenta ángeles y bienaventurados: los instrumentos de ciento y cincuenta voces: las voces de ciento y cincuenta armonías; y de ciento y cin-

cuenta sentidos cada palabra, que causó gran admiración; á la cual, ocurriendo el ángel, le dijo: ¿qué te admiras? Este es número sacratísimo, figurado en el arca de Noé, en el tabernáculo de Moyses, y en el templo de Salomon, y repetido por varios decenarios en el nuevo templo de Ezequiel, y en los ciento y cincuenta salmos de David, los cuales todos están llenos de las profecías de Cristo y su Madre: por lo cual es el santísimo Rosario el nuevo, vivo y verdadero salterio de la Santísima Trinidad, y por eso propísimo de toda la corte triunfante y militante; por cuyas razones es el sacratísimo Rosario el regocijo del cielo, la alegría de los ángeles, y la gloria de los bienaventurados: todos se alegran, glorian y regocijan con sus voces; porque con ellas engrandecen á Dios, alaban á Cristo Redentor, y aplauden á la Madre y Reyna.

535. Considera cómo oidas estas razones, mas se le inflamaba el alma en el amor de Cristo y su Madre; y oyó, que la Magestad del Hijo hablaba en esta forma á su Madre: Madre mia, Esposa, Virgen y Reyna, todos los que suben del mundo á estas eternas moradas, son por sus ángeles presentados á la suma, inefable y beatísima Trinidad, á quien eternamente ofrecen con todos sus merecimientos; y así vos ahora también seréis presentada al supremo é inaccesible trono, para ofrecer vuestros merecimientos, y con ellos socorrer á todo el mundo. Yo que soy vuestro Hijo, quiero ser vuestro ángel, y por mí quiero que seais presentada. Llegaron en esto al trono de la inefable, beatísima y santísima Trinidad, adonde fué presentada nuestra Reyna; y postrada ante el trono, se ofreció toda con la grandeza de sus merecimientos y virtudes á la altísima Magestad con suma reverencia y profundísima humildad. Qué gozo, ¡qué alegría y gloria la de nuestro Redentor, cuando presentó á su Padre una tan rara, excelente y soberana joya, que sola ella valia mas que quanto de Dios abajo habia en los cielos y en la tierra! Si el ángel de guarda, que presenta una alma santa y pura, tiene particularísimo gozo y alegría, ¿qué tal seria el de Jesu Cristo, que presentó á su Madre? Pues, y la alegría, gozo y gloria con que aceptó y recibió esta oferta la incomprendible Trinidad ¿qué entendimiento lo podrá pensar? Recibió el Padre á su Hija, el Hijo á su Madre, y el Espíritu Santo á su Esposa, recién llegada del desierto y destierro del mundo; ¡pues con

cuánto gozo, con cuántas demostraciones de alegría! Pon el caso en un rey de la tierra, que teniendo fuera de su corte, en el destierro de un muy áspero desierto desterrada á su madre, esposa é hija, á quien tiernamente amaba, de repente la ve entrar por su corte, y llegar á su presencia. ¿Quién podrá explicar el contento, gozo y alegría del rey? ¿Quién los cariños, los favores, las honras y estimaciones que le haria? Por ahí sacarás algo de las caricias, honras, favores y agasajos que hizo á su Hija el Padre, el Hijo á su Madre, y el Espíritu Santo á su Esposa. Diéronle la mano á María soberana, y levantándola sobre todas las criaturas, le diéron asiento de infinita excelencia en su trono á la diestra del Hijo. Considera la gloria, la hermosura, la fragancia, la claridad y la gracia. Con su gloria alegre toda la corte celestial: con su gracia y hermosura deleita á todos los que la miran: con la fragancia los recrea; y con la claridad los ilumina.

MISTERIO QUINTO.

De la Coronacion de nuestra Señora en el cielo por Reyna de los ángeles y hombres.

536. CONSIDERA cómo sentada nuestra Reyna en el trono, le habló el Hijo santísimo de esta manera: dulcísima Madre, y Esposa carísima, tres son los imperios eternos de los cielos, y siendo tres, son uno. El primero es el paternal: el segundo es el filial; y el tercero el espiritual. De estos tres imperios os habeis de coronar eterna Emperatriz, y como á tal es mi voluntad que os reconozcan y adoren todas las criaturas. En esto vió el Santo, que venian quince reynas de suprema potestad y grandeza, cada una con cincuenta doncellas de incomparable hermosura; y estas, postradas á las plantas de la Emperatriz soberana, en nombre de todas las criaturas, la adoraban: y en reconocimiento del supremo dominio, que sobre todas las celestiales, terrestres é infernales tiene, le presentaban las cinco primeras reynas cada una una rosa de incomparable grandeza, y de milagrosa hermosura, en cuyas hojas se veian escritas con letras de oro las